

EL CRIADO MAYOR

No era mala persona el tío Blas... Un poco arbolario, algo hablador, bastante presumido, y muy raro y muy impertinente; pero ¿quién está sin defectos en el mundo?...

En cambio, era fiel y trabajador, amigo de cumplir con su deber y de que todos hicieran lo mismo; tan á ley andaba, como si el caudal fuera suyo, y cerca de él jamás holgazaneaba nadie.

Era el criado más antiguo, ó el criado mayor, como él se solía llamar, aunque á veces todavía se daba otro ascenso y se llamaba mayordomo, palabra que, según él, venía de las dos latinas *major-domo*, que quieren decir: el mayor en la casa... después del amo, naturalmente.

Hay que advertir que el tío Blas había estudiado, de rapazuelo, un poco de latín con los frailes de Trianos, circunstancia que, alentando su presunción, contribuía no poco á hacerle insufrible.

—No creas, Pepín—me decía la primera vez que volví yo del estudio á vacaciones, tratando de examinarme,—no creas que estoy tan impuesto como antes: de algún tiempo para acá se me va olvidando un poco; pero hasta estos años últimos lo mismo me daba á mí hablar en latín que en castellano... Sabía yo ir por vino á Valoria, y á la vuelta traerme los estudiantes de Palencia embobados detrás del carro hasta el puente de Anguarinos echándoles latines.

Lo peor era que no se limitaba su presunción á saber latín, sino que se extendía á todo. El era, en su sentir, el que mejor araba, el que mejor segaba, el que mejor sabía hacer todas las cosas, y aun el único que sabía hacerlas.

Con aquello de que era el criado mayor, todo lo quería mandar él y no dejaba en paz á los otros criados, que se enfadaban cuando eran nuevos, y acudían con quejas diciendo que á aquel hombre no se sabía cómo entenderle, ni se le podía dar gusto, porque no encontraba nada bien hecho no haciéndolo él, y para eso lo mejor era dejarle á él solo... En lo cual iba envuelta una amenaza de marcharse.

Mi madre les templaba el enfado dándoles la razón, porque solían tenerla; pero encargándoles que respetaran al tío Blas, que era muy antiguo en la casa y además iba

ya siendo anciano; que le obedecieran siempre que fuera posible, ó por lo menos cuidaran de no contrariarle de frente, pues aunque tenía sus rarezas, no se podía prescindir de él por ser el que conocía los mojonos de las heredades y el que estaba al tanto de todo... En fin, venía á decirles que había que soportarle. Lo mismo que se dijo hace años de cierto presidente del Consejo de Ministros, bastante parecido al tío Blas, por lo menos en las malas cualidades.

¡Pobre tío Blas!... Me acuerdo mucho de una de sus majaderías, que pudo costarle bien cara.

Estábamos en la era una tarde á eso de las tres con un sol terrible. Las yuntas se movían perezosamente en la trilla, formando círculos y haciendo oír el monotonó ronron de los cambicios frotando con los palos de enganche, y el suave roce de los trillos sobre la paja. Iban á volver los obreros á segar después de la siesta, cuando comenzó á soplar débilmente el aire del Norte, que en todo el verano apenas se había sentido.

—Pica un poco el cierzo—dijo el tío Blas, que, apoyado en el mango del gario, descansaba un momento de su tarea de voltear la trilla,—y si se formalizara no íbais á segar esta tarde y os quedábais á limpiar, que es cosa que hace mucha falta, porque

ya casi no nos queda sitio donde echar otra trilla, y ésta ya va bien molida... Tenemos toda la era enredada con parvas... como no ha hecho aire... Sí, sí—añadió luego resueltamente al ver que el cierzo iba arreciando:—vamos á aparvar esta trilla, que es la que más estorba, y nos ponemos todos á limpiarla... ¡Eh! Barred los trillos y sacadlos —dijo á los rapaces que trillaban medio dormidos.—Tú, Martín, engancha unos bueyes al aparvador, y á aparvar á prisa: ahí tienes gente... Tú coges otro gario—dijo dirigiéndose á otro criado, á Jerónimo,—y me ayudas á componer la parva... Las obreras, que agarren los bales, y á barrer...

Todo se hizo prontamente según las órdenes del tío Blas, que venía á ser una especie de capitán general de la era.

—¡Hala!—dijo cuando se acabó de hacer la parva.—Ahora á poner señales, á coger los bioldos y á limpiar con codicia.

También fué obedecido en esto, y comenzada la operación, comenzó él á dar tachas, según su costumbre, y hacer advertencias.

—No tan alto, Martín, no lo tires tan alto, que es fuerte el aire y lo lleva todo junto... Al codo, Juan, al codo esa paja... No consiste en tirarlo adelante... Parece que estás espalando... Para limpiar bien, mucho unto de muñeca...

En esto llegó de casa una criada diciéndole que la señora llamaba al tío Blas.

—¡Váyase por Dios!—dijo éste dándose tono; y se marchó con la criada.

El caso era que un vecino había ido á quejarse á mi madre de que los criados le habían deslindado mal una tierra que no estaba surcada. Mi madre llamó al tío Blas para preguntarle. Mas como el tío Blas no daba razón por no haber ido él á segar allí, le mandó ir á verlo.

Mientras tanto, como el cierzo no se paró en toda la tarde, ni los limpiadores tampoco, más que un momento para mendar, al ponerse el sol acababa de salir el *pez*, que así llamaban al muelo, por su forma alarguetada como la de un pescado.

Cuando ya las obreras estaban azarandando y los criados midiendo el trigo limpio, llegó el tío Blas á la era, de vuelta de su expedición imprevista, y dijo al ver concluída la obra:

—Mucho corrísteis... harto será que lo hayáis hecho bien... no estando yo aquí, nunca van bien las cosas... ¿A ver, á ver?...

Y diciendo estas últimas palabras, echó mano á un bioldo y comenzó á tirar paja al aire.

De la primera bioldada volaron hacia atrás dos granos; de la segunda, tres...

—Lo menos media fanega de pan habéis dejado ir con la paja,—dijo el tío Blas sin parar de tirar bieldadas al alto.

—¡Quiá!... Menos lobos, tío Blas,—dijo Martín.

—Menos lobos sí, pero más trigo, porque lo menos tiene una fanega—replicó el tío Blas al ver que seguían saliendo granos...—¿Una fanega dije?... Y también fanega y media—añadió al encontrarse con cinco ó seis granos en otra bieldada.—Y ha de haber que volverlo á pasar, porque tres cuartos de trigo, al precio que trae... y con lo que subirá todavía, importan cerca de cuatro duros, y cuatro duros bien pagan el trabajo de limpiar la parva de nuevo... Pero, ¡sí, sí! ¡Buenos tres cuartos nos dé Dios!... Lo menos tiene media carga... ¡Vamos!... Es que esto es cosa perdida... Andará cerca de las tres fanegas...

Así iba aumentando cada vez un poco, sin dejar de tirar paja al aire, cuando acertó á coger una bieldada de donde habían apurado el rabital, que es por donde pasan los granos fallidos, y salieron como una docena... Aquello fué ya el acabóse. Ya no tuvo reparo en completar la carga.

—Lo menos una carga de trigo habéis dejado ir á la paja—dijo muy formalmente, —y no hay más remedio que volverlo á limpiar: no puede quedar así... Con que,

agarrarse á los bieldos, y manos á la obra, que aunque viene la noche, hay buena luna.

Criados y obreros le obedecieron á regañadientes, y se pusieron á limpiar en la paja limpia.

Al principio guardaban silencio; pero cuando se les fué pasando el mal humor y fueron á la vez adquiriendo certeza de lo enorme del chasco que se iba á llevar el tío Blas, puesto que no aparecía el trigo por ninguna parte, comenzaron á descolgarse con bromas.

—Me parece, tío Blas—decía un obrero, —que la carga va á ser un poco escasa.

—Siempre se quedará en fanega,—añadió otro...

—¿Fanega dices?—replicaba el de más allá.—¡Emina que fuera!... ¡Si no se tropieza un grano!

—El grano siempre se va escurriendo hacia el suelo—decía ya un si es ó no es acobardado el tío Blas, como quien ve las orejas del lobo. Pero no queriendo dar todavía su brazo á torcer, añadía:—Ya parecerá el grano, ya parecerá...

Duró la limpia hasta cerca de la media noche; y ¿sabes lo que salió después de tan larga faena?—me decía el amigo que me contaba el caso.—Pues entre granos mer-mados y granos de niebla y granos de ne-guilla... celemín y medio...

—¿Y qué dijo el tío Blas, el de la carga?...

—La *carga* fué la que le dieron á él entre todos con burlas y cuchufletas, pues cada uno le decía la suya.

No pudiendo sufrir más, se marchó aburrido, se metió en la cama, y de la corajina tuvo un ataque á la cabeza.

No creas que fué cosa de poco, que hubo que ponerle sanguijuelas, y estuvo si se va si se viene...

Afortunadamente, se curó del ataque, y aunque de su fatuidad no se curó del todo, por aquello de que «genio y figura...», sí se reformó algo, y fué desde entonces más razonable y menos presumido.

CALENTURA PALÚDICA

—No os burléis nunca jamás de ningún *físico*—decía el Parletán de Poblón á unos mozos que se reían del albéitar porque había asobinado una vaca descordada y lo había hecho con tal habilidad que después de la operación cojeaba más que antes;—no os burléis nunca de ningún físico, porque los físicos siempre tienen que saber más que nosotros, porque lo han estudiao, y los que lo estudian son los que lo saben.

Me ha pasado á mí sobre eso una cosa que... nunca se la he contado á nadie; pero veréis...

¿Os acordáis de aquel cirujano que tuvimos, algo cegaratoso, que se llamaba don Polonio Moral, y nosotros le llamábamos *Morral*, porque decíamos que no sabía una palabra?... Pues con aquél me pasó á mí un caso que no se me olvida...

La primera vez que yo aliqué á la mi Robustiana, me acuerdo como si fuera aho-

ra, la dí de firme... Veréis cómo fué. No hacía más que dos meses que nos habíamos casado... Un domingo después de comer me llamaron á la casa de Concejo á echar la robla del toro, que le habían vendido, y á la verdad, como el vino era bueno, de La Moraleja, bebí algo mucho.

Cuando volví á casa me dijo la mujer:

—Vamos al rosario, que ya tocaron la última.

—Bueno, mujer: vamos,—la dije.

Pero ya en el portal para salir, noté que se había puesto un pañuelo pajizo de altiver, que no me gustaba á mí que se le pusiera, porque tenía otro igual la hija mayor del tío Circunloquios, á la que pretendí yo antes que á ella y me dió calabazas... Y es claro, viendo á mi mujer con aquel pañuelo, se me representaba la otra, que era mucho mejor parecida, y luego, al ver á la mía la cara, se me figuraba que veía al demonio, Dios nos libre...

—¿Por qué llevas ese pañuelo?—la dije al vérselo asomar por debajo de la mantilla.

—¿Por qué no le he de llevar?—me respondió.

—Porque no quiero yo que le lleves.

—¿Pues me da á mí la gana de llevarle!

—Pues que te dé la de quitártelo ahora mismo.

—¡Sí; porque á tí se te antoje!

—Y nada más que porque á mí se me antoja, te le quitas.

—¡Que no quiero, ea!

—Mira, Robustiana, no me *inrites*, que te voy á santiguar, como hay viñas.

—¿Tú? ¡Quiá!... ¡El tío santiguaban!...

Ella que es terca, y yo que tengo malas moscas... se me alborotó la sangre, cogí un mango de un bieldo, que fué lo primero que encontré, y ¡zus! ¡zas! empecé á darla palos con él, ciego de ira, sin mirar dónde daba y sin parar hasta que se me cansó el brazo.

La rompí la cabeza por dos partes, pues aunque ella la escondía lo posible, todavía la alcanzaron dos palos buenos; y al llevarse la mano allá y advertir que sangraba, comenzó á dar gritos, llamándome bribón y tuno y diciendo que la había matado.

—Mira, no grites, que te esgñaño—la dije echándola una mano al pescuezo;—al cabo... preso por mil, preso por mil y quinientas... Con que tengamos paz, lávate esas heridas con vino y romero, y como si no hubiera pasado nada...

—Sí, ahora, después de hacer el daño... —dijo ya un poco más tranquila y como tratando de volverse á buenas.

—Después de hacer el daño—la dije,—hay que tratar de remediarle, y no de ha-

cer encima otro mayor, como sería el de que lo entendiera la justicia.

Me obedeció: se lavó las heridas con vino y la cara con agua, haciendo desaparecer la sangre, y todo quedó así por el momento.

Al oscurecer dijo que se la partía la cabeza de dolor, que no se podía tener en pie, y se metió en la cama.

A otro día tenía un calenturón como un toro. La miré las espaldas, porque decía que se la figuraba que tenía allí lumbre; y lo que tenía eran unos renegrales que daban miedo.

—Llama al señor cirujano—me dijo,— porque yo me ahogo.

—No: no le podemos llamar, porque ve los golpes, da parte al juzgado y nos pierde...

—Los golpes... si no me los hubieras dado era mejor.

—Tú tuviste la culpa... Y de todos modos, ya eso no tiene remedio; con que ten paciencia... y no me enfades, no sea que te dé otro tanto...

—Pues llama al cirujano, que no le enseñaré las heridas ni le diré nada... Pero á ver si me da alguna cosa para cortar esta calentura...

Llamé al cirujano, vino y se acercó á la cama diciendo:

—¿Qué es eso, Robustiana; qué tienes?

—Señor, que me duele mucho la cabeza y siento un calor que me abraso.

—¿A ver una mano, á ver?

Y se puso á tomarla el pulso.

Excusado es decir que no sabía nada de lo ocurrido, porque no se lo habíamos dicho á nadie. Las heridas tampoco las pudo ver, porque estábamos casi á oscuras, pues no tenía yo abierto más que el quarterón de la ventana... y además ella tenía la cabeza arrebuja en un pañuelo...

Pues á pesar de que no había visto nada ni sabía nada de los palos, ¿queréis creer que se los conoció en el pulso?...

No hubo más. En cuanto se le tomó un poco, volvió hacia mí la cara y me dijo con una sonrisilla que me dejó helado:

—Es una calentura palúdica.

Figuraos cómo me quedaría yo... comprendí que era en vano tratar de ocultarle la cosa, y me eché á la pía diciéndole:

—¡Don Polonio, por Dios! No me pierda usted... Sí, es verdad: la dí unos palos... Ya veo que usted lo ha conocido... De un acaloramiento nadie está libre... No dé usted parte á la justicia, que yo corresponderé con usted...

Se quedó pensativo, hizo algunos escrúpulos, pidió mil reales por callar, le dije que tanto no podía yo reunir, bajó á quinientos,

y al cabo, el hombre no fué muy tirano... Dale de aquí, dale de allí, nos ajustamos en siete duros, que le pagué á toca teja... y muy contento.

Con que... ¡para que veáis lo que es el haberlo estudiao!... Un hombre como aquél, que parecía tonto, no más coger el pulso conoció que la calentura de mi mujer era palúdica...

¡Clarol ¡y tan palúdica!...

¡Menudos palos había llevado!...

¡VUELVE POR OTRA!

Entraba el mes de Julio y volvían de la siega los gvañines, después de haber tumbado ya toda la hierba de las sierras de Segovia y de las llanuras de Campos.

Por lo regular, antes de meterse otra vez en Asturias, pues eran asturianos, solían segar dos ó tres semanas en los últimos pueblos de la montaña de León, donde la siega viene tardía, y así daban tiempo á que llegara el día de Santiago para reunirse en la romería de Valdeacebos, achisparse, armar la danza prima y armar camorra los de un concejo contra los de otro, gritando aquéllos ¡Viva Piloña!, éstos ¡Viva Parres!, y concluyendo la función á palos.

Después, si no los metían en la cárcel, al día siguiente pasaban el Puerto.

Pero algunos años, cuando los jornales en tierras de Segovia y de Valladolid habían sido altos y traían la bolsa bien repleta, de Sahagún para arriba, ó cuando me-